

- ¡¿Y qué tal, Francisco y Jacinta?! ¿Es ahora cuando vosotros vais para el Cielo?

En casa, las hermanas preguntaban, curiosas, a Jacinta:

- ¿La tal Señora de la Cova de Iria es tan bonita como fulana de tal?
- ¡Oh! ¡Mucho más bonita!
- ¿Pero con certeza que no es más bonita que Santa Quiteria o que Nuestra Señora de los Dolores de nuestra iglesia?
- ¡Oh! ¡Es mucho más bonita! No tiene ninguna comparación...

Cuando se encontraban solos Francisco preguntaba cosas sobre el Inmaculado Corazón de María y, recordando el entusiasmo de las personas que habían asistido a la aparición y de otros que hacían preguntas sobre Nuestra Señora, añadía: ¡Esta gente queda tan contenta sólo por nosotros decirles que Nuestra Señora nos mandó rezar el rosario y que aprendiésemos a leer! ¡Que sería si supiesen que ella nos mostró en Dios, su Inmaculado Corazón, en esa luz tan grande! Pero eso es secreto. No se les dice. ¡Y mejor que nadie lo sepa!

Mientras, la sospecha de que Nuestra Señora había comunicado un secreto a los niños comenzó tomar cuerpo. No faltó quien les buscara seducir con promesas risueñas:

- ¡Mira, Jacinta, que hermoso hilo de oro!
- ¡Realmente es muy hermoso! Me gustaría tanto tener uno así...
- Pues es muy fácil; este hilo es tuyo si me dices el secreto que os comunicó aquella Señora en la

Cova de Iria...

- ¡Ah! ¡Eso nunca! ¡Ni aunque me diesen todo el oro del mundo!

La tranquila aldea había entrado en alboroto por causa de la historia de las apariciones. La señora María Rosa, madre de Lucia, le dijo un día por la tarde:

- Mañana vamos a misa, al amanecer. Después vas a casa del señor Prior. Que él te obligue a confesar la verdad, sea como fuere. Que te castigue; que haga de ti lo que quiera. Con que te obligue a confesar que andas mintiendo, yo quedo contenta.

Apenas encontró una oportunidad, Lucia fue a comunicar la orden de la madre a los primos que le dieron por respuesta:

- ¡Nosotros también vamos! El señor Prior también mandó un recado a nuestra madre para llevarnos allí...
- ¿Y si nos pegan?
- Si nos pegan, sufriremos por amor de Nuestro Señor y por los pecadores.

Al día siguiente conforme a lo convenido, Lucia fue a misa. Por el camino, la madre no le tocó el asunto. Pero, al final de la misa, cuando subían los primeros escalones de la residencia parroquial, se volvió para ella con aire severo, como quien da la última recomendación:

- ¡No me enfades más! Ahora vas a decir al señor Prior que mentiste para que él, en la misa del próximo domingo anuncie desde el altar que todo fue mentira y así acabar con esta historia.
¡Esto no tiene ningún sentido! ¡Toda la gente co-



Esto no me parece una revelación del Cielo.

riendo para la Cova de Iria a rezar delante de una carrasca!

El interrogatorio del buen párroco de Fátima fue lento y minucioso. Al fin, con aire paternal, advirtió:

- Esto no me parece una revelación del Cielo. Cuando se dan estos casos Nuestro Señor manda estar a esas almas con los párrocos o los confesores. Lucia, por el contrario, se retrae mucho. Esto también puede ser un engaño del demonio. Vamos a ver. El futuro nos dirá lo que hemos de pensar.

Las palabras serenas y reticentes del Párroco *“esto también puede ser un engaño del demonio”* causaron impresión en Lucia que comenzó a ver en la división causada por el anuncio de las apariciones el primer fruto del demonio, padre de la guerra y del desorden. Profundamente angustiada dijo a los primos:

- Después de haber oído al señor Prior no sé si la aparición de la Cova de Iria no será el demonio disfrazado...
- ¡No pienses en eso, Lucia! ¡No es el demonio, no! El demonio es muy feo y está debajo de la tierra. Aquella es muy hermosa y nosotros la vimos subir al Cielo.
- Tienes razón, Jacinta. Pero, para acabar con esto de una vez para siempre pienso que lo mejor es decir que fue todo mentira.

Prontamente, con una vivacidad hija de la inocencia y de la verdad, Francisco y Jacinta la reprendieron:

- ¡No hagas eso! ¿No ves que ahora es cuando vas a mentir y que mentir es pecado?

No obstante las palabras de los primos, Lucia se sentía triste. Muchas veces evitaba su presencia y dominada por estos constantes pensamientos, tuvo sueños horribles en los que aparecía el demonio queriendo prenderla con sus garras horrorosas. Una vez sufrió tanto en uno de estos sueños que, gritando *socorro, socorro*, despertó a la propia madre.

Entre tanto, llegó el día 12 de julio. Como la noticia de las apariciones se había extendido por todo Portugal, a la tarde, comenzaron a aparecer en la tranquila aldea de Fátima, forasteros venidos de las más diversas regiones, deseosos de contemplar el anunciado fenómeno del día 13.

Lucia continuaba en su idea:

- ¡Yo no voy! ¡Ya dije: no voy! ¿Y vosotros vais?
- ¡Sí! Yo y Francisco vamos porque aquella Señora mandó que fuésemos...
- Mira, Jacinta, si la Señora te preguntara por mi dile que yo no fui porque tengo miedo de que sea el demonio.
- ¡Está bien! Aunque me cueste yo voy a hablar con la Señora pero tengo tanta pena de que no vengas con nosotros...

Las últimas palabras fueron subrayadas por lágrimas irreprimibles.

- ¿Por qué lloras, Jacintita?
- ¡Por causa tuya! Porque tú no quieres venir con nosotros.

En la noche del 12 al 13, Lucia apenas consiguió conciliar el sueño. Su alma se debatía en una lucha terrible: ¿Ir? ¿No ir?

Además, esa lucha no era reciente. Contaba casi un mes de existencia. Desde la última aparición dudando que la visión no pasase de una emboscada del demonio, vivía atormentada por este pensamiento. Muchas veces, para evitar que le preguntasen cosas sobre la Cova de Iria, se escondía detrás de un zarzal, junto al pozo del Arneiro, y allí pasaba largas horas llorando, rezando y reflexionando. Cuando, al atardecer, llegaba a casa la reprensión de la madre no se hacía esperar.

- ¡Esto es que ella es una santita de palo carcomido! ¡Todo el tiempo que le sobra de andar con las ovejas lo pasa en el juego! ¡La gente por más que llame no sabe donde la niña se metió!

SACRIFICAROS POR LOS PECADORES

En el día 13, de mañana, Lucia sintió una voz interior que le susurraba:

– ¡Lucia, vete! ¡No tengas recelo!

Al mismo tiempo, una fuerza misteriosa le arrastraba hacia la Cova de Iria. Pasó por casa de los tíos y preguntó:

– ¿Qué hay de Jacinta y de Francisco?

– ¡Están allí dentro!

Entró y fue a dar con ellos, arrodillados a los pies de la cama, llorando.

– ¿Por qué lloráis?

– Porque tú no quieres venir con nosotros y nosotros tenemos recelo de ir solos.

¡Lucia, ven con nosotros!

– ¡Sí, yo voy!

– ¿Vienes? ¡¿De verdad?!

– ¡Sí, de verdad, Francisco!

– ¡Que buena es Nuestra Señora! Valió la pena pasar casi toda la noche rezando y llorando para que Nuestra Señora te hiciese venir...

Por el camino la multitud, curiosa, les rodeaba, les hacía preguntas, y se comprimía con tanto entusiasmo a

su alrededor, para verlos y escuchar, que les fue difícil llegar a la Cova de Iria.

Debían de estar allí, en aquel 13 de julio de 1917, tres o cuatro mil personas.

Poco después de iniciado el rezo del rosario se vio el acostumbrado reflejo de luz y la Señora apareció sobre la encina.

Lucia preguntó:

- ¿Qué quiere Usted de mí?
- Quiero que vengáis aquí el próximo día 13, que continuéis rezando el rosario todos los días para que acabe la guerra.

Sólo Nuestra Señora del Rosario podrá salvar al mundo.

- Quería pedirle que nos dijese quién es y que haga un milagro para que todos crean que se nos aparece.
- Continúad viniendo aquí todos los meses. En octubre diré quién soy y lo que quiero y haré un milagro que todos han de ver y creer

Lucia hizo algunas peticiones... La Señora respondió:

- Rezad el rosario para alcanzar las gracias que pedís durante el año. Sacrificaros por los pecadores y decid muchas veces, en especial siempre que hagáis algún sacrificio: Oh Jesús es por vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María.

Al decir estas últimas palabras, abrió las manos en un gesto que ya había hecho en los mese anteriores. El



Los demonios tenían formas horrosas.

reflejo intenso que le salió de las manos pareció rasgar la tierra y los pastorcitos vieron como un mar de fuego donde, entre gemidos y gritos de desesperación, los demonios y las almas de los condenados, con forma humana, volaban como chispas de un incendio. Los demonios tenían formas horribles de animales repelentes.

Lucia soltó un ay de horror que la multitud escuchó.

Transidos de miedo, como para pedir socorro, los pequeños miraron hacia la Señora que les dijo:

— Visteis el Infierno a donde van las almas de los pecadores. Para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hicieseis lo que yo os dije, se salvaran muchas almas y tendrán paz. La guerra va a acabar. Pero, si no dejan de ofender a Dios, en el reinado de Pío XI, comenzará otra peor. Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo de sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y de persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre.

Para impedirlo, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la comunión reparadora en los primeros sábados. Si atendieran mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz. Sino, extenderá sus errores por el mundo promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir, varias naciones serán aniquiladas. Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará a Rusia que se convertirá y será concedido al mundo algún tiempo de paz. En Portugal, se conservará siempre el dogma de la Fe.

Después Nuestra Señora recomendó:

- ¡Esto no se lo digáis a nadie! A Francisco, sí, podéis decírselo.

De hecho, en esta como en las otras apariciones, Francisco sólo veía a Nuestra Señora pero no la oía. Lucía y Jacinta son las que le iban transmitiendo las palabras de la Madre del Cielo. Por fin, Nuestra Señora añadió:

- Cuando recéis el rosario, decid después de cada misterio: Oh Jesús mío, perdonadnos y libradnos del fuego del Infierno, llevad las almas todas para el Cielo, principalmente a las que más lo necesiten.

Se siguieron unos momentos de silencio. Lucía preguntó:

- ¿No quiere Usted nada más?
- ¡No! Hoy no quiero nada más.

Y, dulcemente, serenamente, comenzó a elevarse para el oriente hasta desaparecer en el horizonte.

Después de la aparición Lucía se mostraba muy triste. Las personas le preguntaban con curiosidad:

- Oh Lucía ¿Qué te dijo hoy Nuestra Señora para quedar así tan triste?
- ¡Fue un secreto!
- ¡¿Un secreto?! Cuéntanos pues ese secreto...
- No puedo. Es secreto...
- ¿Es cosa buena?
- Para unos es buena para otros es mala.

La señora Olimpia y la señora María Rosa, que se habían mantenido a distancia, cuando la multitud se concentró alrededor de los hijos, se dijeron una a la otra, con el corazón en sobresalto:



El señor Marto cogió la hija al cuello.

- ¡Esto todavía va a acabar mal! Cualquier día nos matan a los niños, en los apretones.
- ¡Pero qué gran historia es esta! Yo no comprendo nada. Pero ya, nunca más vuelvo a coger nada, aquí en la Cova de Iria ¡El pueblo me acabo con todo!

Entre tanto, el señor Marco, temiendo que Jacinta corriese peligro, penetró con violencia entre la multitud, cogió a la hija en el cuello y se alejó por la carretera.

La noticia de que la Señora había comunicado un secreto a los tres niños se propagó rápidamente. De todas las partes apareció gente curiosa resuelta a arrancar ese secreto. Pero ninguna estratagema resultó. El secreto, había de decir más tarde el tío Marto, eso sí, ni con sacacorchos...

Entre sí, sin embargo, los tres hablaban con frecuencia de esta aparición y rezaban muchas veces la jaculatoria que la Señora les había recomendado al finalizar cada misterio.

Sobretudo Jacinta quedó intensamente impresionada con la visión del Infierno. Algunas veces, se sentaba en el suelo o encima de una piedra y, pensativa, repetía:

- ¡El Infierno! ¡El Infierno! ¡Que pena tengo de las almas que van al Infierno!

Y rezaba, en voz alta, la jaculatoria enseñada por Nuestra Señora.

Algunas veces, llamaba:

- Lucia, Francisco, ¿Vosotros no vais a rezar conmigo? Necesitamos rezar mucho para librar las almas del Infierno.

Otras veces preguntaba:

- Lucia, ¿Por qué no pediste a la Señora que mostrase el Infierno a aquella gente?
- ¡Me olvidé, Jacinta!
- ¿Qué pecados hacen las personas para ir al Infierno?
- No sé... Tal vez el pecado de no ir a misa el domingo, de robar, de decir palabras feas, de hacer juramentos...
- ¡Qué pena tengo de los pecadores! La Señora me dijo que iría en breve al Cielo pero tú, que quedas aquí di a toda la gente como es el Infierno. Recomiéndales que no cometan más pecados. ¡El Infierno, ay el Infierno como es de terrible!
- ¡No te preocupes! Tú vas para el Cielo...
- Sí... yo voy para el Cielo pero querría que toda la gente fuese también para allí...

Cuando ella se privaba de comida, Lucia insistía:

- ¡Bah! ¡Come, Jacinta!
- ¡No quiero comer voy a ofrecer este sacrificio por los que comen de más!

En los últimos tiempos ya muy enferma, Lucia le explicaba que estaba dispensada de la misa.

- ¡No! Aunque me cueste mucho, quiero ir por los pecadores que faltan a misa el domingo.

La visión del Infierno la marcó profundamente. Un día, el hermano, Francisco le dijo en tono de consejo:

- ¡Jacinta, no pienses tanto en el Infierno! Piensa antes en Nuestro Señor y en Nuestra Señora. Yo no pienso en el Infierno para no tener miedo...

Pero poco tiempo después, en la Pedreira, mientras

O' LÚCIA ! O' JACINTA !
AI NOSSA SENHORA , VALEI-ME !



¡Lucia! ¡Jacinta! ¡Ay Nuestra Señora ayúdame!

Lucia y Jacinta jugaban, Francisco, como era su costumbre, se apartó para un escondrijo formado por la concavidad de una peña. Andaban ellas entretenidas en el juego cuando oyeron gritos afligidos:

– ¡Lucia! ¡Jacinta! ¡Ay Nuestra Señora ayudadme!

– ¿Qué fue? ¿Dónde estás?

– ¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí!

Corrieron para el lugar de donde provenía la voz y lo encontraron, de rodillas, el rostro marcado por el terror, temblando.

– ¿Qué tienes? ¡¿Qué fue?!

– Vi uno de aquellos bichos grandes del Infierno. ¡Estaba allí echando llamas!

– ¡Tú no querías pensar en el Infierno para no tener miedo pero ahora tuviste!

– ¡Ay que bicho tan horrible! Parecía que me quería comer...

PRISIÓN DE LOS PASTORCITOS

Entre tanto, el Administrador de Vila Nova de Ourém, republicano a quien los acontecimientos de Cova de Iria desagradaban, resolvió tomar de su cuenta acabar con el caso. Mandó aviso a los padres de los videntes que se presentaran en la villa con los pequeños en el día y en la hora que indicaba.

- ¡Los míos no van! - decía el tío Marto, casi sublevado. ¡Acaso tiene algún efecto meter dos niños como Francisco y Jacinta en un viaje de estos! A pie no aguantan y, encima de la burra, no están seguros. Está decidido: ¡Voy yo solo!
- ¡Pues la mía va! - decía el padre de Lucia. Que responda ella directamente al Administrador. ¡Si está mintiendo, está bien hecho que sea castigada!

En el día marcado, de mañana temprano, Antonio Abóbora acompañado por la hija llamaba a la puerta del tío Marto:

- Eh, Marto, ¿vienes o no vienes?
- ¡Espera un momento! Estoy acabando de arreglarme.

Mientras, Lucia corrió a la cama de Francisco y de

Jacinta para darles un abrazo de despedida. Ésta, con lágrimas en los ojos, le dijo:

- Si te matasen, díles que yo y Francisco somos como tú, que también queremos morir. Yo voy ya con Francisco para junto al pozo a rezar por ti.

De allí al instante, mientras Lucía, montada en un burrito, del que cayó tres veces, se dirigió para la villa con el padre y el tío, los dos primos rezaban fervorosamente por ella junto al pozo.

El Administrador hizo todo por arracarle el tal secreto. De nada valieron palabritas mansas o amenazas. Ella mantuvo la negativa de siempre:

- ¡No! ¡No puedo! ¡La Señora nos recomendó que no dijésemos el secreto a nadie!
- ¡Ah! ¡¿No lo quieres decir por las buenas?! Pues, algún día, lo has de decir por las malas.

Con esta amenaza, atormentándole el alma, Lucía volvió para casa. Al atardecer, al llegar, corrió para el pozo y encontró a los primos de rodillas, muy tristes:

- ¡¿Todavía estáis aquí?!
– Pero... ¿No te mataron? - dijeron espantados.
- ¡No! Sólo me riñeron mucho y dijeron que yo tenía que revelar el secreto que la Señora nos dijo sino me mataban.
- Nosotros ya pensábamos que habías muerto. Vino aquí tu hermana a buscar agua y nos dijo que te habían matado. Ya rezamos y lloramos mucho por ti.

Fallada la primera tentativa de saber el secreto, el Administrador no se dio por vencido. Comenzó a pensar en otra estratagema.

En la mañana del día 13 de agosto, apareció en casa del tío Marto y explicó:

- ¡También yo quiero ir a ver el milagro de la Cova de Iria! ¿Dónde están los pequeños?
- Fueron con el ganado pero no se preocupe que, cuando sea la hora de ir para la Cova de Iria, ellos aparecen...

De hecho, de allí al instante, casi al mismo tiempo, llegaron los tres.

- ¡Bah! ¡Podéis subir a mi coche de caballos que yo os llevo a la Cova de Iria!
- ¡No es preciso, señor Administrador! - dijo el tío Marto. Los muchachos van bien a pie.
- Está bien... pero antes de ir para la Cova de Iria, tenéis que pasar por la casa parroquial. Yo os espero allí porque necesito interrogaros en la presencia del señor Prior.

Después de breve interrogatorio en casa del párroco, el Administrador insistió a los padres de los niños para que le permitieran llevarlos en el carro a la Cova de Iria librándoles así de la curiosidad inoportuna y de los apretos de la multitud. Ellos, en su buena fe, consintieron. Sin embargo, cuando llegó a la carretera, en vez de tomar el camino de la Cova de Iria, dirigió el carro hacia Vila Nova de Ourém azuzando con furia a los caballos.

Lucia advirtió:

- Señor Administrador, la Cova de Iria no queda para ese lado...
- Pues yo bien sé que no... Pero como todavía es temprano, vamos a Ourém a hablar con el señor



La Cova de Iria no queda para ese lado.

Prior de allí después os traigo a la Cova de Iria. Todavía habéis de llegar muy a tiempo de la aparición...

Cerca de hora y media después, el entraba con los tres niños en casa. Encerrándoles en un cuarto amenazando:

- ¡No saldréis de aquí mientras no echéis aquí afuera ese secreto!
- Si nos mataren - decía Jacinta - vamos derechos para el Cielo.

Las horas pasaban sin ninguna esperanza de que los pastorcitos volviesen a la Cova de Iria en ese día. Al aproximarse el mediodía, Francisco dijo a la prima y a la hermana:

- Tal vez Nuestra Señora se nos aparezca aquí...

Pero no. La Señora había marcado el encuentro con ellos en la Cova de Iria y, a la hora acostumbrada, según el testimonio de los presentes, se oyó el acostumbrado trueno seguido luego de un intenso resplandor de luz y de una nubecita muy tenue que se puso sobre la encina. Sensible a esta ausencia forzada de la Cova de Iria, Francisco preguntó a Lucia:

- ¡Mira! ¿Ahora Nuestra Señora se nos volverá a aparecer?
- ¡No sé! ¡Pienso que sí!
- ¡Tengo tanta añoranza de ella!

Mientras, en la Cova de Iria, conocida la prisión de los pastorcitos los ánimos se exaltaron. La multitud, en número muy superior al de julio, gritaba, protestaba, levantaba puños amenazadores:

- ¡Vamos a Vila Nova de Ourém y damos cuenta de ese bellaco! ¡Eso no se hace!

- ¡El Prior también es culpable! Vamos a pedirle cuentas...
- Alzando los brazos, en gesto de paz, el tío Marto procuraba amainar la furia de la multitud en rebel-día:
- ¡Calma, muchachos! ¡Nada de hacer mal a quién quiera que sea! Quien merece el castigo allí lo ten-drá...

Confundiendo en que la estratagema resultaría el Admini-strador procuraba arrancar a toda costa el secreto a los pastorcitos. Primero les hizo muchas promesas hermosas, después los llevó a la Administración para un extenso y so-lemne interrogatorio y, por fin, los metió en la prisión. Pero nada. Los heroicos niños preferían morir a revelar el secreto.

Al verse sola, Jacinta, se volvió llorando hacia Lucia:

- ¡Ni tus padres ni los míos nos vienen a ver! ¡No se preocupan más de nosotros!
- ¡No llores! - le dijo Francisco. Ofreceremos este sacrificio por los pecadores...

Y luego, levantando los ojos, formuló la intención:

- O Jesús mío, es por vuestro amor y por la con-versión de los pecadores...

Jacinta se apresuró a añadir:

- Y también por el Santo Padre y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Co-razón de María.

Para distraer a los pequeños y conociendo la afición de Jacinta por la danza, uno de los presos, que sabía tocar la armónica, organizó un baile con ellos tocando el vira y el fandango. Jacinta cayó como pareja de un pobre ladrón que,

cansado de andar curvado la cogió a ella en el cuello y así bailaba al son de la música ligera.

Mientras, Francisco musitaba muchas veces:

- ¡Tengo tanta añoranza de Nuestra Señora!... Mira, Lucia, ella es capaz de haber quedado triste por no haber ido la gente a la Cova de Iria en el día 13 y no volver más a aparecérsenos. ¡Yo gustaba tanto de verla!

En medio de los prisioneros, hombres ceñudos, marcados por el vicio, los tres inocentes niños se distinguían por la candidez transparente que irradiaban. Cuando supieron el motivo de la prisión algunos le dieron este consejo:

- Decidle al señor Administrador ese secreto y se acabó...
- Nuestra Señora no quiere...
- ¡¿Qué importa que la Señora no quiera?!
- ¡No, eso no! - dice enérgica Jacinta. ¡Antes quiero morir que revelar el secreto!

Allí en la cárcel, los pastorcitos mantuvieron sus hábitos de oración. De común acuerdo decidieron rezar el rosario. Como no había allí ningún símbolo religioso, Jacinta sacó una medalla que traía al cuello y, viendo un clavo puesto en la pared, pidió a un preso que la colgase allí.

Después, de rodillas, iniciaron el rezo. Uno de los presos, con miedo y avergonzado, comenzó a rezar en sordina detrás de ellos. Pero Francisco, viéndole con la boina en la cabeza, advirtió:

- ¡Usted, si quiere rezar quite la boina!

El hombre la quitó y la dio al pastorcito que la colocó



Jacinta sacó la medalla que traía al cuello y pidió a un preso que la colgase en la pared.

encima de su caperuza que había posado en un banco. Al terminar el rosario, Jacinta fue hacia la ventana a llorar. Lucia le preguntó:

- ¿Por qué lloras, Jacinta?
- Porque vamos a morir sin volver a ver a mis padres. Yo quería ver a mi madre.
- ¿Pero no quieres ofrecer este sacrificio a Nuestra Señora?
- Sí, quiero... pero... me acuerdo de mi madre y lloro sin querer...
- La madre, añadió Francisco, ¡Si no volvemos a verla, paciencia! Lo peor es si Nuestra Señora no vuelve más ¡Eso es lo que me cuesta! Pero también ofrezco este sacrificio por los pecadores.

Como nada había conseguido, el Administrador echó mano de otra estratagema. Quiso interrogarlos, uno por uno, en particular. Al llamarlos, vino allí la amenaza a servirles de aviso para quien quedaba fuera:

- ¡Si no dices el secreto vas a ser metido en una caldera de aceite que ya está hirviendo!

La primera en ser llamada fue Jacinta. Mientras la interrogaban, Francisco decía a Lucia:

- ¡Si nos matasen, como dicen, de aquí a poco estaremos en el Cielo! ¡Pero que bueno! No me importa nada. Voy a rezar un Ave María por Jacinta para que no tenga miedo.

Y, descubriéndose se puso de rodillas. Al verlo en aquella actitud, el guarda preguntó:

- ¿Qué estas haciendo, Francisco?
- Estoy rezando un Ave María por Jacinta para que

no tenga miedo.

A pesar de la estratagema del interrogatorio individual y de la amenaza de la caldera de aceite hirviendo, el Administrador no consiguió obtener la revelación del tal secreto de que hablaban los pastorcitos. Vencido y avergonzado, los llevó nuevamente a Fátima en el día 15 de agosto.

LOS SACERDOTES... EL SANTO PADRE

El día 19, domingo, Lucia, Francisco y Juan, hermano de Francisco, fueron con las ovejas para los Valiños. Presintiendo que alguna cosa sobrenatural se aproximaba, Lucia pidió:

- Juan, vete a casa y di a Jacinta que venga aquí.
- ¡No voy!
- Vete que te doy dos monedas...
- Vete, Juan - añadió Francisco - y di a Jacinta que venga corriendo...

El pequeño, estimulado por la recompensa, partió apresurado. Entre tanto, mientras el tiempo se pasaba, Francisco no se cansaba de repetir:

- Si Jacinta no viene a tiempo, va a quedar muy triste.

Poco tiempo después de llegar ella, los tres pastorcitos vieron a Nuestra Señora encima de una carrasca. Tenía un aspecto más triste que de costumbre. Lucia inició el diálogo:

- ¿Qué me quiere Usted?
- Quiero que continuéis yendo a la Cova de Iria en el día 13, que continuéis rezando el rosario todos

los días. En el último mes haré un milagro para que todos crean.

- ¿Qué es lo que Usted quiere que se haga con el dinero que el pueblo deja en la Cova de Iria?
- Haced dos andas. Una llévala tú con Jacinta y otras dos niñas, vestidas de blanco. La otra que la lleve Francisco con otros tres niños. El dinero de las andas es para la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Y lo que sobrase es para ayuda de una capilla, que habéis de mandar hacer.
- Quería pedirle la curación de algunos enfermos.
- ¡Sí! Algunos los curaré durante el año.

Y, tomando un aspecto más triste, dijo:

- Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores que van muchas almas para el Infierno, por no haber quien se sacrifique por ellas.

Tras estas palabras, la blanca Señora comenzó a elevarse suavemente en dirección al oriente.

Los tres pastorcitos quedaron tan confortados que Jacinta ya no quería volver para casa. Fue el hermano el que le recomendó que era preciso obedecer las órdenes de la madre:

- ¡No, Jacinta! Tienes que ir ahora porque tu madre hoy no te dejó venir con las ovejas.
- ¡Pero a mí me gustaría tanto quedar con vosotros!
- Mira, yo voy a acompañarte hasta casa. Ofrece este sacrificio por la conversión de los pecadores. Y ella, obediente, allá se fue aspirando el suave olor de un ramito que tenía cortado de la encina donde Nuestra Señora se había posado. De



Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores.

hecho, poco después de esta aparición, los tres percibieron que de los ramos tocados por el manto de la Santísima Virgen se desprendía un perfume celestial. Los cortaron fervorosamente y los llevaron para casa. Todos los que los olían quedaban maravillados con aquel purísimo aroma.

Desde la primera aparición los pastorcitos comenzaron a ser objeto de continuos interrogatorios por parte de curiosos que, como dice Lucia, miraban para ellos como si fueran algún bicho raro. Sucedió hasta que, cierta tarde, cansada de repetir la misma cosa Lucia se echó en el suelo y se adormeció. Muchas personas que no habían hablado con ella no se desanimaron. Esperaron para el día siguiente.

Con frecuencia ellos procuraban una estratagema para huir de esos pesados interrogatorios de curiosidad inútil. Un día, iban los tres camino de Fátima cuando un automóvil con un grupo de señoras y algunos hombres paró a su lado. Preguntaron:

- ¿Sabéis dónde viven los pastorcitos a quienes se les apareció Nuestra Señora?
- Sí... sabemos.
- ¿Podéis indicarnos el camino para su casa?
- Podemos.

Y, con mucho cuidado, les dieron las debidas indicaciones. Contentos con el resultado, Jacinta decía:

- Hemos de hacer así, siempre que no nos conozcan...

Pero, cuando los interrogatorios se destinaban a aclarar la verdad de las apariciones los tres videntes los deseaban. Cierta día les dijeron que venía a interrogarles

un sacerdote que adivinaba todo y que se metía en lo íntimo de las personas. Entonces Jacinta, llena de alegría, preguntaba frecuentemente:

- ¿Cuándo vendrá ese Señor Padre que adivina?
¡Si adivina, ha de saber muy bien que hablamos en verdad!

Algunas de esas visitas causaron profunda impresión en los pastorcitos. Fue el caso del Doctor Formigão que, una vez, después de haber interrogado minuciosa y pacientemente a Lucia, le propuso como ejemplo que debía seguir, a Santa Inés, de quien mostró una estampa y contó, en breves palabras, el martirio. Después, añadió:

- La niña, tiene obligación de amar mucho a Nuestro Señor, por tantas gracias y beneficios que le está concediendo.

Pero ninguna visita les impresionó tanto como la del santo Padre Cruz. Habló largamente con ellos, y, al final, pidió que le fuesen a enseñar el lugar donde Nuestra Señora había aparecido.

Como ya era bastante viejecito, le ofrecieron un burrito para transportarlo. El bondadoso sacerdote accedió pero, como el burrito era muy pequeño, iba casi arrastrando los pies por el suelo. A su lado seguían los tres pastorcitos a quienes enseñó, a lo largo del camino un sin número de jaculatorias. Entre todas, Jacinta se fijó particularmente en estas dos que acostumbraba a repetir con frecuencia:

- “¡Oh Jesús mío, yo os amo!” y “Dulce Corazón de María, sed mi salvación!”

Muy sensibles a la voz de los sacerdotes, sufrían mucho cuando alguno mostraba no creer en los aconteci-



Como el burrito era muy pequeño, el santo Padre Cruz casi arrastraba los pies por el suelo.

mientos de la Cova de Iria. Fue el caso del párroco de Fátima que, al terminar un largo interrogatorio a Lucia, mostró su descontento con estas palabras:

- ¡¿Para qué va esa cantidad de gente a postrarse en oración en un descampado, mientras el Dios vivo, el Dios de los altares, sacramentado, permanece solitario, abandonado en el Tabernáculo?! ¡¿Para qué ese dinero, que dejan quedar, sin fin alguno, debajo de esa carrasca, mientras que la iglesia, en obras, no hay manera de acabarla, por falta de medios?!

Perplejos por causa de las opiniones contrarias de diversos sacerdotes, ellos encontraron en el Vicario del Olival un excelente consejero. Lucia, que pasó en su casa algunos días, en distintas ocasiones le abrió el alma a lo largo de muchas charlas. Creyendo en la sinceridad de los tres niños, les orientaba en la vida espiritual de esta manera:

- Si os apetece comer una cosa, hijitos míos, dejadla, y, en su lugar, comed otra. Así ofrecéis a Dios un sacrificio. Si os apetece jugar, no juguéis y ofreced a Dios otro sacrificio. Si os interrogasen y no os podéis excusar, es Dios que lo quiere así. Ofrecedle también este sacrificio.

De hecho, una nota dominante en las apariciones de Fátima es la atención que los tres pastorcitos siempre dieron a la voz de la Iglesia y el amor que profesaban al Santo Padre por quien, por consejo de dos sacerdotes, rezaban frecuentemente. En este amor sobresalió Jacinta que diría algunas veces:

- ¡Quién me diera ver al Santo Padre! ¡Viene aquí

tanta gente, y el Santo Padre nunca viene aquí!

Un día, a la hora de la siesta, junto al pozo, mientras Francisco y Lucia habían ido a buscar miel silvestre, ella llamó:

- ¡Lucia, ven aquí! ¡Anda aquí!
- ¿Qué fue?
- ¿Tú no has visto el Santo Padre?
- ¡No!
- Mira, no sé como fue yo vi el Santo Padre, en una casa muy grande, de rodillas delante de una mesa, con las manos en la cara, llorando. Afuera de la casa había mucha gente y unos le tiraban piedras, otros le maldecían y le decían muchas palabras feas. Pobrecito el Santo Padre. ¡Tenemos que pedir mucho por él!

En otra ocasión, en la Loca del Cabezo, cuando postrados rezaban las oraciones del ángel, Jacinta se levantó y dijo:

- Lucia, ¡¿No ves tantas carreteras, tantos caminos y campos llenos de gente llorando con hambre, y no tienen nada para comer?! ¿Y el Santo Padre en una iglesia, delante del Inmaculado Corazón de María, rezando? ¿Y tanta gente rezando con él?

Por eso, no se extraña que cuando, un día, el párroco de Fátima le dice a la madre de Lucia que tal vez su hija habría de ir a Roma para ser interrogada por el Papa ésta hubiera comunicado alegremente a los primos de este modo:

- ¡Qué bueno si yo fuera a ver al Santo Padre!

Y los dos, con lágrimas corriendo por la cara, res-

pondieran:

- ¡Nosotros no vamos pero ofrecemos este sacrificio por él!

No nos sorprende esta pronta reacción porque, habitualmente, los pastorcitos no ofrecían a Dios cualquier oración o sacrificio sin dirigir una súplica por el Santo Padre. Particularmente Jacinta concluía así sus oraciones y sacrificios: *¡Es por Vuestro amor, Dios mío, en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María, por la conversión de los pecadores y por el Santo Padre!*

PENITENCIA Y ORACIÓN

De mes en mes, la noticia de las apariciones de Fátima iba corriendo hasta llegar a los lugares más recónditos del país. Se calcula que en el día 13 de septiembre ya estaban presentes en la Cova de Iria de veinticinco a treinta mil personas.

Al aproximarse la hora, los tres pastorcitos se encaminaron hacia el lugar de las apariciones. Fue difícil llegar allí. La multitud se comprimía par verles. Muchos se postraban de rodillas delante de ellos pidiendo que presentasen a Nuestra Señora sus necesidades. Otros, no consiguiendo hacerlo, gritaban de lejos:

— ¡Por el amor de Dios! ¡Pidan a Nuestra Señora que cure a mi hijo que está herido!

Otro: - ¡Qué cure a mi hijo que es ciego!

Otros: - ¡Qué traiga a mi marido, que traiga a mi hijo que está en la guerra! ¡Qué convierta a un pecador! ¡Qué me dé salud!

Eran tantas las peticiones que Lucia, a distancia de años, comparaba esta escena a las del Evangelio cuando las multitudes llenas de fe, traían los enfermos a la presencia de Jesús.



***Muchos pedían que presentaran a
Nuestra Señora sus necesidades.***

Al llegar junto a la encina comenzaron a rezar el rosario con el pueblo. Poco después, vieron el acostumbrado resplandor de luz y, a continuación, se les apareció Nuestra Señora que, en esta ocasión, recomendó:

- Continúad rezando el rosario para alcanzar el fin de la guerra. En octubre vendrá también Nuestro Señor, Nuestra Señora de los Dolores y del Carmen, San José con el Niño Jesús para bendecir el mundo. Dios está contento con vuestros sacrificios, pero no quiere que durmáis con la cuerda. Traedla sólo durante el día.

Lucia recordó:

- Me tienen recomendado pedirle muchas cosas: la curación de algunos enfermos, de un sordomudo...
- Sí. Algunos curaré. Otros no. En octubre, haré el milagro para que todos crean. Y, comenzando a elevarse, desapareció.

Hay en esta aparición una recomendación que demuestra la solicitud maternal de Nuestra Señora por los tres humildes pastorcitos. Viendo que ellos habían llevado más lejos su deseo de penitencia, la Virgen les recomendó que, durante la noche, no tuviesen la cuerda atada a la cintura.

Es una historia edificante esta de la cuerda y que manifiesta el espíritu de penitencia de los videntes.

Un día, iban los tres con las ovejas camino del pasto cuando Lucia halló un pedazo de cuerda de carro. Por juego, la ató a un brazo y pronto concluyó vuelta hacia los primos:

- ¡Mirad: esto hace doler! Podíamos atarla a la cintura y ofrecer a Dios este sacrificio...
- Vamos entonces a dividirla para los tres...

- ¿Pero cómo, si no tenemos navaja?
- Coloquémola allí en la esquina de aquella piedra grande y la golpeamos con otra encima hasta romperla.

Así hicieron.

Después de algunos minutos aquellos tres inocentes niños ataban un pedazo de cuerda gruesa a la cintura, contentos por haber encontrado una nueva manera de hacer sacrificios. En ese momento, naturalmente, todavía no imaginaban los muchos dolores que ella les iba a causar.

Un día, Jacinta, con lágrimas en los ojos, se desahogaba con Lucia:

- La cuerda me hace sufrir tanto...
- ¡Quítala, Jacinta!
- ¡No! Quiero ofrecer este sacrificio a Nuestro Señor en reparación y por la conversión de los pecadores.

Era tan grande el deseo de todos de corresponder a la invitación de Nuestra Señora de ofrecer sacrificios por la salvación de las almas que no perdían nada que los pudiese mortificar.

Una vez, Jacinta andaba cogiendo unas hierbas en una pared cuando, sin querer, se ortigó. Al sentir el dolor las apretó entre las manos y dijo a su prima y a su hermano, como quien da una noticia agradable:

- ¡Mirad! ¡Mirad, otra cosa con la que nos podemos mortificar!
- Hemos de pegarnos con ellas muchas veces en las piernas y en los brazos para hacer sacrificios... Estos sacrificios seguíanse a muchos otros que ya